

¡Por qué todo tiene que cambiar!

Quando el diálogo, la empatía
y la solidaridad son
la base de una nueva
situación en la familia



**Comunidad
de Madrid**

¡Por qué todo tiene que cambiar!

Cuando el diálogo, la empatía
y la solidaridad son la base de una
nueva situación en la familia



POR QUÉ TODO TIENE QUE CAMBIAR

Carmen Olachea



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor



Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.



www.madrid.org/publicamadrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor

C/ Gran Vía, 14

28013 Madrid

@ Texto: Carmen Olaechea

@ Ilustraciones: Georg Engeli

@ Comunidad de Madrid

Edita: Dirección General de la Familia y el Menor

Imprime: B.O.C.M

Tirada: 5.000

Edición: Reimpresión 2016

Depósito legal: M-43.015-2005

Impreso en España – Printed in Spain

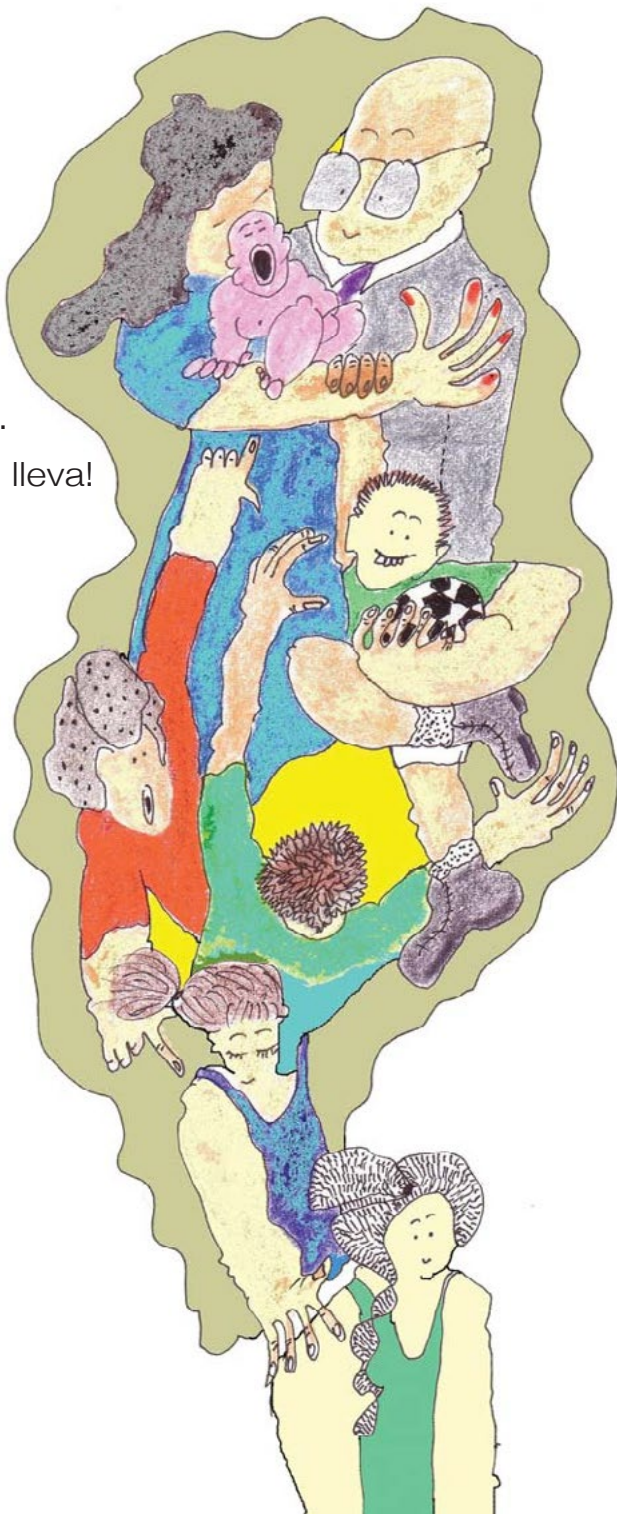
POBRE ENCARNA.

¡Pobre Encarna!

- pensó Ana por centésima vez al cerrar la puerta de la casa de su amiga.

- ¡Qué vida tan difícil lleva!

Inevitablemente, cada vez que la visitaba, Ana llegaba a la misma conclusión: en el piso de la familia Núñez la vida era un infierno. O así le parecía a ella.



Mientras caminaba las cuatro calles que separaban su casa de la de su amiga, Ana iba enumerando todas las ventajas que ella tenía y la pobre Encarna no.

Por ejemplo, ella no tenía hermanos y Encarna demasiados. Entre Enrique y Álvaro, que lo único que hacían era correr detrás de una pelota, y Antonio, que lloraba todo el día, era imposible encontrar un minuto de paz allí.

Eso, sin hablar de Sandra que, con apenas seis años, se creía con derecho a estar con las niñas mayores todo el tiempo, es decir, con Encarna y con ella. ¡Y era imposible sacársela de encima! Claro, es que Ana tenía su propia habitación y Encarna no. Su amiga, debía compartirla con su hermana más pequeña y, aunque eso no le daba ningún derecho, Sandra parecía no enterarse de nada y siempre intentaba participar de las conversaciones.

Y Asunta, la madre, ¡qué pesada! Todo el tiempo pidiendo que le permitieran a Sandra jugar con ellas. ¡Jugar! Por favor, Hacía tiempo que ellas no jugaban. Si ya tenían 11 años.

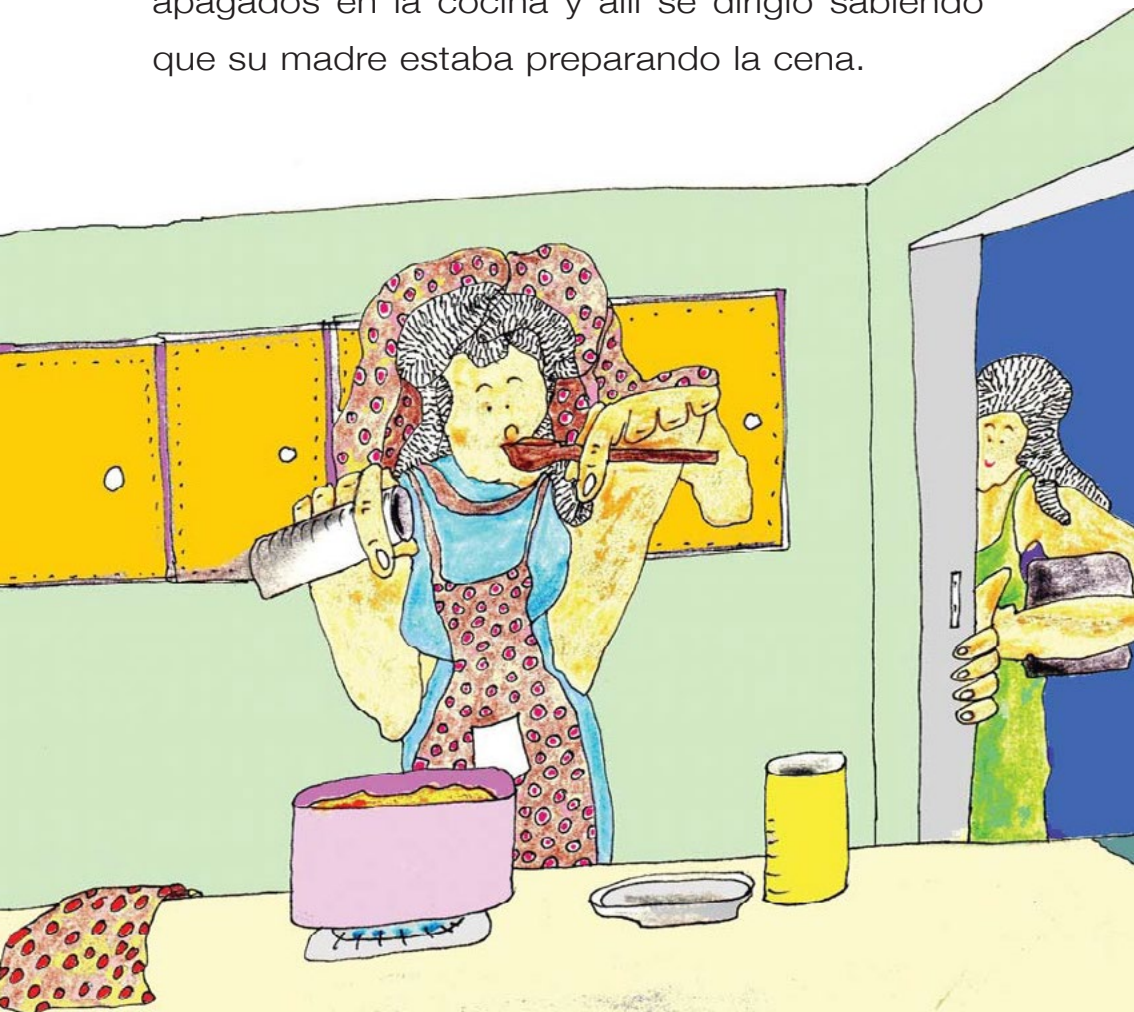
Y qué decir de Carlos, el padre,... siempre haciendo preguntas poco interesantes durante las comidas.

- ¿Os han enseñado en el cole algo sobre la Unión Europea? ¿Sabéis cuántas Comunidades tiene España? - Y así todo.

En fin, que la pobre Encarna vivía en una casa ruidosa, atestada y desordenada y con unos padres metomentodo que no veas. En cambio ella no tenía hermanos plastas, tenía un cuarto propio y vivía sola con su madre. No - se dijo Ana - no me cambiaría por Encarna por todo el oro del mundo. Aunque - pensó mientras subía las escaleras - era justo reconocer que su amiga

nunca se quejaba de su situación. Parecía no notarla... o quizás ya estaba resignada.

Al entrar, la calma que reinaba en su piso la hizo sentirse inmediatamente cómoda. Se oían ruidos apagados en la cocina y allí se dirigió sabiendo que su madre estaba preparando la cena.

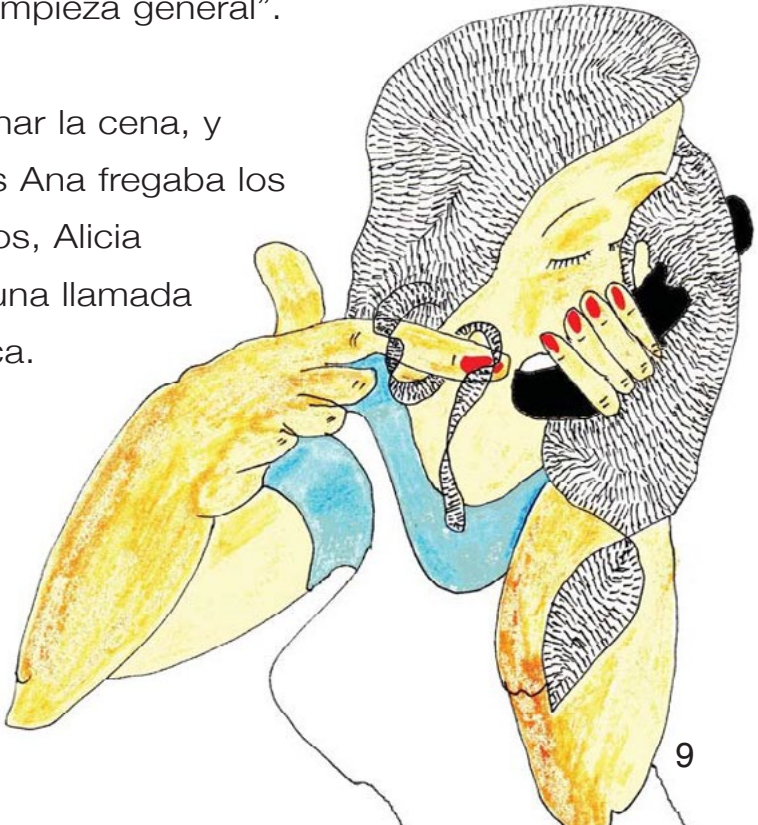


- Hola mamá - la saludó con un beso.

- Hola hija - contestó Alicia - estoy preparando una tortilla y en diez minutos comemos.

Ana se fue a su habitación a dejar los libros y lavarse las manos. Viniendo de donde venía, el orden y el olor a limpio le parecieron maravillosos y, por un momento, se olvidó de cuánto se quejaba cada sábado cuando su madre insistía en hacer “limpieza general”.

Al terminar la cena, y mientras Ana fregaba los cacharros, Alicia recibió una llamada telefónica.



La niña no pudo dejar de advertir que su madre parecía muy contenta y que, mientras hablaba, jugaba con un mechón de su pelo y le echaba miradas nerviosas todo el tiempo. Al cortar, le preguntó:

- ¿Quién era?

- Raúl, un compañero de trabajo - fue la respuesta de Alicia y, dando por zanjado el tema, se puso a secar y guardar los platos con mucha energía.

A Ana no le pareció gran cosa la información. Ella sabía que su madre trabajaba mucho y que era muy importante en la empresa. O al menos eso pensaba al ver los papeles de trabajo que Alicia leía y preparaba por las noches y los fines de semana.

Su madre era contable y trabajaba en una fábrica textil. Se había cambiado allí justo unos meses

antes de divorciarse de Juan, su padre, y de esto ya habían pasado siete años. Ana casi no recordaba el tiempo en el que sus padres y ella vivían juntos. De hecho sus recuerdos empezaban con la mudanza al piso donde vivían ahora. Para Ana la vida siempre había sido así, ella y Alicia juntas y llamadas telefónicas, vacaciones de verano, fiestas y puentes, con su padre que vivía en Palma de Mallorca.

Juan era oceanógrafo, es decir experto en temas del mar, y si bien Ana disfrutaba las salidas en su barco cuando lo visitaba, ella pensaba ser contable cuando fuera mayor. No sabía exactamente en qué consistía, pero cuando veía las columnas de números que su madre hacía le parecía un trabajo súper importante.

Después de fregar, Ana se duchó, preparó la ropa para el día siguiente y se fue al salón con un libro. Había pactado con su madre que,

durante el curso escolar, no vería la tele hasta haber leído dos capítulos de un libro. Mientras, su madre solía trabajar un rato en el ordenador.

Pero al llegar vio que Alicia no estaba en su mesa de trabajo e incluso, notó que el ordenador estaba apagado. Supuso que su madre ya vendría y se acomodó en el sillón a leer. Al cabo de un rato le pareció que Alicia tardaba demasiado y decidió ir a ver qué la retenía.

Al acercarse la oyó tararear en voz baja. Golpeó la puerta suavemente. Su madre se calló y tras una breve pausa dijo:

- ¡Pasa!

Ana entró y quedó sorprendida al verla en ropa interior de pie en el medio del cuarto y sosteniendo, frente a sí, dos vestidos.



- Estoy ordenando el armario - explicó Alicia ante la mirada curiosa de su hija - parece que toda mi ropa está pasada de moda o ya no me va.

Ana permaneció en la puerta sin saber qué decir. La verdad era que a Alicia nunca le había interesado la ropa. Por lo menos desde que Ana recordara. Para el trabajo usaba siempre los mismos tres o cuatro conjuntos y los fines de semana, llevaba vaqueros y camisetitas. Cuando iban de compras para Ana, nunca miraba para ella y trataba de resolver todas las necesidades de su hija en una sola tienda y en una sola mañana.

De hecho, jamás había visto los dos vestidos que Alicia tenía en sus manos. Con su mirada, la niña recorrió el cuarto y vio que había ropa por todos lados. Sobre la cama, en el silloncito, en el suelo, sobre la cómoda. ¡Una cantidad enorme! Y, pasando rápidamente de una pila a otra, le pareció que nunca había visto a su madre usar la mayoría de ellas.

- ¿Puedo quedarme mientras ordenas?

Alicia pareció dudar un momento pero luego aceptó.

- Vale, pero sólo hasta las once, que si no mañana te cuesta despertarte.

Al final terminó acostándose a las doce y media. ¡Y cómo se divirtió! Nunca antes había visto a su madre así. Alicia se fue probando todas las cosas y desfiló con cada una mientras ponía expresiones graciosas y hacía bromas. Al final había descartado casi todo lo que había en su armario y también había decidido que tenía que cortarse el pelo y cambiar el maquillaje porque el suyo estaba viejo y que, ese mismo sábado, iban a salir juntas de compras. Y lo mejor de todo fue que al despedirse, la había nombrado “su asesora personal de modas”.

Cuando se metió en la cama Ana tenía la cabeza llena de imágenes de Alicia probándose esto y aquello, caminando por el cuarto plena de vitalidad, haciéndola reír con sus bromas y payasadas y, cuando ya se dormía, de pronto se sorprendió pensando que no recordaba haberla visto antes tan, tan feliz.



MAMÁ ES UNA PERSONA...

El sábado amaneció lluvioso, pero en casa de Alicia y Ana parecía que había salido el sol. Al despertarse la niña encontró a su madre en pijama, preparando torrijas en la cocina mientras bailaba al ritmo de la música de la radio. Alicia recibió a su hija con un abrazo cariñoso, y en un momento ya estaban las dos desayunando café y tostadas con mantequilla y mermelada.

Ana decidió aprovechar el buen humor reinante para elegir las tareas más sencillas de la limpieza general.

- Hoy yo paso el aspirador y tú limpia los baños. ¿Vale? - preguntó de pasada mientras cogía otra tostada.

- De ninguna manera - exclamó su madre - hoy no hay limpieza general.

Ana se quedó con la tostada a mitad de camino y los ojos fijos en los de su madre.

- ¿De verdad? - preguntó al cabo de un minuto.
- Claro, de verdad - respondió Alicia - no tenemos tiempo para la limpieza porque quiero llegar a las tiendas apenas abran.

¡Cierto, que hoy iban de compras!
Ana, que los días anteriores había pensado mucho en su nuevo trabajo de “asesora personal de modas”, corrió a buscar unas revistas que había pedido prestadas a la madre de Encarna y las depositó en la mesa con gran solemnidad.



- ¡Aquí está todo lo que necesitamos saber!, exclamó triunfalmente mientras miraba a su madre orgullosa de su contribución.

El entusiasmo de Alicia le demostró que la idea había sido realmente genial. En un santiamén estaban ambas sentadas en el salón, comentando los modelos y marcando la ropa que iban eligiendo.



A ratos Ana, dejaba de prestar atención a las fotos para observar a Alicia y quizás, por primera vez en la vida, no la veía como a su madre sino como si fuera una desconocida. No sabía muy bien cómo explicarlo pero al verla tan animada y hablando de modas, Alicia era su madre y al mismo tiempo, otra persona. Una que ella no conocía. Pero que le gustaba.

Ese sábado resultó un día perfecto. Al menos hasta la hora de la comida.

Habían estado toda la mañana de compras. ¡Ana pensaba que habían visitado todas las tiendas de Madrid!

Para las tres y media ya casi habían terminado porque, entre una tienda y otra, y el asesoramiento de Ana, Alicia había logrado renovar su vestuario y tenía faldas, pantalones, camisas, chalinas, suéteres, medias y zapatos como



para llenar de nuevo su armario. En fin, se lo habían pasado pipa y ya estaban listas para disfrutar de un buen descanso en un restaurante.

Tras una excelente comida y mientras esperaban el postre, su madre le cogió la mano y le dijo:

- Hija tengo algo importante que decirte.

Ana se quedó esperando en suspenso.

- Hace unos meses entró a trabajar en la empresa otro contable. ¡Es que yo sola no daba abasto con el trabajo! - aclaró su madre nerviosamente - Este contable se llama Raúl. Bueno, resulta que Raúl y yo... en fin... nos hemos hecho muy amigos... ¿comprendes?

- Sí - respondió Ana que no veía qué era lo difícil de comprender - como Encarna y yo.

- Sí y no - respondió Alicia - como Encarna y tú pero un poquito diferente.



- ¿Diferente cómo? - preguntó Ana que empezaba a sentirse algo incómoda con esta conversación, aunque no entendía bien por qué.
- Diferente porque Raúl es un hombre y yo soy una mujer.
- Y eso qué tiene que ver - preguntó Ana - en el cole yo soy amiga de Paco y Jose y es casi igual que con Encarna pero la única diferencia es que no son amigos íntimos.

- Claro... - respondió Alicia mirando por la ventana mientras jugaba nerviosamente con la cucharilla de café.

- Ana se quedó hipnotizada mirando la mano. Al cabo de un rato su madre continuó:

- ... pero es diferente porque Raúl sí es mi íntimo amigo... y un poquito más.

- ¿Un poquito más? - repitió Ana que a estas alturas se sentía muy, muy rara.

- Sí, mi amor - dijo su madre sonriéndole con ternura - un poquito más porque ¡somos novios!

Ana se quedó patidifusa y al cabo de un rato logró decir:

- ¿Novios?, ¿pero cómo novios?, ¿como en la televisión que se besan en la boca y todo?

- Sí, como en la televisión - fue la respuesta de Alicia.

La noticia le cayó a Ana como una bomba. De pronto se quedó sin palabras. Durante un tiempo que le pareció eterno permaneció muda sin apartar la vista de su madre. En realidad mil preguntas y comentarios le explotaban en la cabeza pero no sabía por dónde empezar a decir lo que pensaba y sentía. Pero, eso sí, una cosa era segura, esto del novio le parecía una estupidez, un disparate, una chorrada grande como la copa de un pino.

Porque Ana se preguntaba - pero, vamos a ver, ¿qué necesidad tenía su madre de tener novio si ellas dos estaban fenomenal como estaban? Por otra parte, ¡cómo podía ser que Alicia tuviera un novio en el trabajo!, ella que creía que su mamá estaba trabajando y ahora resultaba que su mamá se estaba besando, sí, ¡besando en la boca con un novio! ¿Y su padre?, ¿qué iba a decir papá, de todo esto? ¿Y Encarna?, qué vergüenza decirle a su amiga

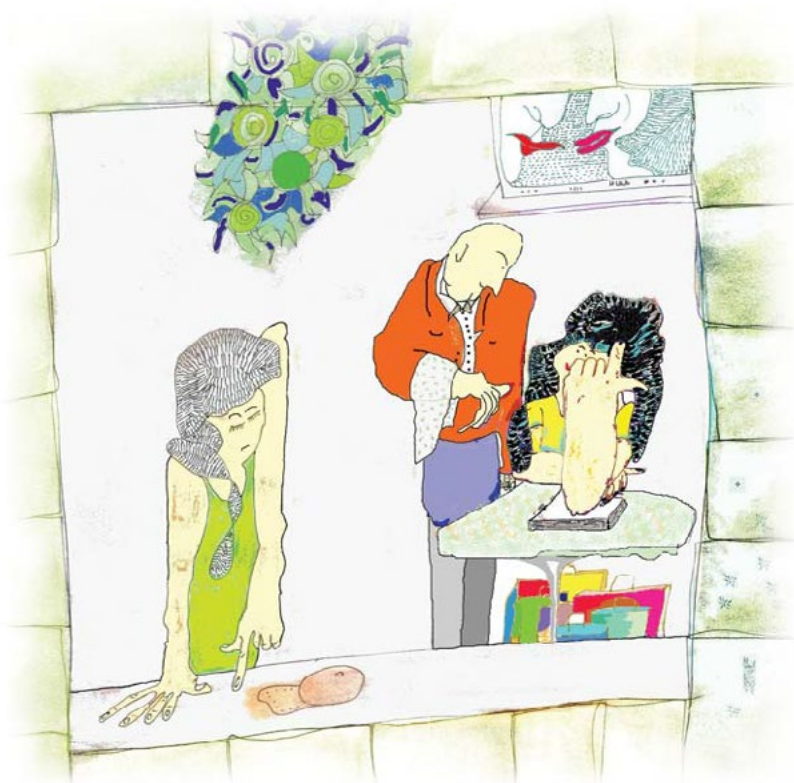


que su madre tenía novio. Aunque mejor no. Mejor ¡no se lo iba a contar a nadie!

En este punto de sus pensamientos Ana miró a su madre que a su vez, la observaba con intensidad. Finalmente, se escuchó decir con voz finita y apagada:

- ¿Mamá, vamos a casa que estoy muy cansada?
- Claro, hija, vamos a casa.

Mientras Alicia pagaba la cuenta y cogía las bolsas con las compras, Ana veía caer la lluvia por la ventana y sentía que ese sábado era horrible, que toda la ropa que Alicia había comprado era por Raúl y que de verdad, su madre era otra persona. Una que ya no le gustaba.



¿PERO QUIÉN ES TU “MI AMOR”?

El domingo resultó tan espantoso como el sábado. O peor, porque Alicia y Ana andaban por la casa, cada una haciendo como que estaba muy ocupada pero pendiente de lo que hacía la otra.

Alicia hizo la limpieza pero esta vez no le pidió ayuda a Ana ni ella se la ofreció. Por su parte, Ana hizo la tarea de matemáticas bien despacio para que le durara mucho y cada vez que su madre pasaba a su lado, fijaba la vista en la pared y achicaba los ojos, como si estuviera muy concentrada con un ejercicio particularmente difícil.

A la hora de la comida, Alicia trató de sacar conversación pero Ana contestaba “sí” o “no” y los temas languidecían hasta desaparecer uno detrás del otro. Así estaban las cosas cuando sonó el teléfono. Ana contestó esperando que fuera Encarna y se sorprendió al oír una voz de hombre.



- Hola, ¿podría hablar con Alicia, por favor?
- ¿De parte de quién? - preguntó Ana con el corazón que se le salía del cuerpo.
- De Raúl.

Ana, levantó la mirada y vio que Alicia estaba observándola.

- Es para ti - dijo y apoyando el teléfono en la mesa se fue a su habitación. Mientras se alejaba por el pasillo oyó que Alicia decía:

- Hola mi amor...



Al llegar a su cuarto se tumbó sobre la cama. Desde allí no podía oír lo que su madre decía pero sí el suave murmullo de su voz, que parecía no terminar nunca. Tras una eternidad la oyó cortar y luego escuchó los pasos de Alicia que se dirigían hacia allí.

- ¿Se puede? - preguntó su madre al tiempo que entraba - ¿Qué pasa hija?, ¿no quieres que hablemos un poco?



- No me pasa nada - contestó la niña mientras trataba en vano de contener las lágrimas.

Alicia, sentándose a su lado, tomó una mano de la niña entre las suyas.

- ¿Es por lo de Raúl?

Ana no quería contestar pero entre el llanto que se le escapaba y el enfado que tenía, de pronto ya no pudo contenerse y sus pensamientos y angustias salieron a borbotones y todos mezclados con sollozos.

- Yo no quiero que tengas novio. No necesitas tener un novio porque me tienes a mí. Y yo soy tu “mi amor” y a Raúl no lo conoce nadie, ni papá lo conoce. Además ya lo tuviste a él de novio y ahora estábamos las dos solas. Por otra parte, Raúl no cabe porque sólo tenemos dos dormitorios, el tuyo y el mío y no tenemos

uno para él. Y... y ¡para qué quieres un novio si estábamos tan contentas las dos!

Alicia tomó a su hija en brazos y acariciándole el pelo empezó a acunarla como cuando era pequeña y tenía pesadillas.

- Sh... sh... tranquila mi amor, que estoy aquí... sh... mi vida, hija querida...

Al cabo de unos minutos Ana dejó de sollozar y se fue quedando quietecita en brazos de su madre mientras se iba calmando poco a poco.

- Vamos a ver - comenzó a decir Alicia al sentir que la niña se relajaba en sus brazos. - Lo primero que quiero decirte es que es cierto que tú eres “mi amor”, tú eres mi hija y tanto para tu padre como para mí eres lo más importante del mundo.



Tras un largo silencio durante el cual acarició suavemente el pelo de Ana, continuó:

- Recuerdo qué maravilloso fue el día en que naciste. ¡Ah, qué felices nos sentimos Juan y yo!

- Cuéntame - le pidió Ana mientras levantaba el rostro hacia a su madre.

- Fue un sábado. Esa mañana me levanté llena de energía. A las diez de la mañana ya había hecho la compra, preparado la comida y terminado de pintar unas estrellas en la que iba a ser tu habitación. Parecía que quería dejarlo todo organizado. De pronto, como a las once, sentí un dolor muy fuerte en el vientre y comprendí que estabas por nacer.

- ¿Te asustaste? - le preguntó Ana que ahora se había incorporado y observaba a su madre con total atención.

- No. Sí. Un poquito.

- ¿Y papá qué hizo?

- ¡Se asustó muchísimo! - fue la respuesta de Alicia entre risas.

- ¿Y entonces, qué pasó? - preguntó Ana.

- Nos fuimos al hospital. ¡Tendrías que ver cómo conducía tu padre!, parecía que se había olvidado de todas las calles de Madrid y todo el rato decía, tranquila, tranquila Alicia que ya verás que llegamos bien.

- ¿Y papá siempre te decía Alicia?

Alicia miró a su hija y supo muy bien lo que le estaba preguntando.

- Sí, me decía Alicia y “mi amor” y también, cuando estaba embarazada de ti, me decía barriguita.

Madre e hija se quedaron mirando a los ojos un largo rato. Ana sintió nuevamente deseos de llorar y, cuando vio que por el rostro de su madre corrían unas lágrimas, ya no contuvo

las propias. De pronto, los recuerdos de cuando su papá, su mamá y ella vivían juntos la asaltaron. Imágenes de los tres desayunando, caminando por la calle, riendo, se agolparon en su mente. ¡Pero cómo era posible que antes las hubiera olvidado y ahora fueran tan vívidas! Cuando logró calmarse preguntó lo que siempre había querido saber:

- ¿Pero, por qué papá y tú dejasteis de quereros, por qué?

Alicia se acostó en la cama a su lado. Rodeó el cuerpo de la niña con un brazo y envolviéndola con el otro la atrajo hacia sí. Durante un largo rato estuvo callada. Es que ella también se había preguntado lo mismo miles de veces, y sabía que no había una respuesta sencilla para esa cuestión.

- Es algo muy difícil de contestar Ana. Pero lo intentaré.



En primer lugar no podría decir que Juan y yo nos dejamos de querer. Yo siento un profundo cariño por tu padre. Diría que lo que ha cambiado es la forma de querernos. - Tras una larga pausa, continuó - Yo estuve muy enamorada de Juan y juntos te tuvimos a ti. Sin embargo, con el tiempo, ese amor que nos decidió a formar una familia se fue apagando. Por eso, un día, después de hablarlo mucho y aceptar que ya no nos amábamos como hombre y mujer, decidimos separarnos. Pero, ¿sabes?, aunque Juan y yo ya no somos una pareja, ni un matrimonio, seguimos siendo tus padres y, como tales, siempre estaremos unidos, porque esa relación no se puede separar.

- Pero tú y papá sí estáis separados. Él está en Mallorca y tú aquí.

- Sí, ya no vivimos juntos, ni dormimos juntos. Ya no proyectamos un futuro común. Estamos separados. Pero en lo que se refiere a nuestra hija, estamos unidos. Cada semana hablamos

sobre ti, compartimos las decisiones y preocupaciones y la inmensa felicidad de ser tus padres.

Madre e hija permanecieron en silencio y abrazadas, cada una pensando en lo que Alicia acababa de decir.

- ¿Y Raúl? - preguntó finalmente Ana.

- Ah... Raúl... verás cariño, me volví a enamorar. Es así de simple. Un día me di cuenta de que me había ocurrido de nuevo. Que otra vez sentía esa felicidad de tener un compañero, esa ilusión de planear el futuro con otra persona y compartir el presente con sus penas y alegrías.

- Pero tú nunca me habías dicho que querías tener novio.

- Bueno, sí, quería tener novio, o mejor dicho tenía la ilusión de volver a enamorarme. Pero esas cosas no ocurren simplemente porque una las desee.

- ¿Y yo?...

- ¿Y tú qué?

- Ahora Raúl es tu “mi amor”, ¿Y yo?

- ¡También! Cada uno de nosotros tiene mucho amor para dar y mucho para recibir. Además el amor a los hijos es uno y el amor a la pareja es otro. Y no compiten entre sí. Hay lugar para todos.

- Pero yo no quiero a Raúl.

- Mejor dicho, tú no lo conoces. Ana, yo te quiero y quiero a Raúl. Por otra parte, tú me quieres y Raúl me quiere. Yo simplemente espero que tú y Raúl os deis la oportunidad de conoceros y ojalá, también de quereros. Pero si así no fuera, porque el amor no se obliga, yo espero, realmente, que ambos os respetéis.

Ana no respondió. Entendía lo que su madre decía pero se sentía confusa. Finalmente, Alicia se incorporó y le dijo:

- Hay algo más que quiero contarte. Raúl tiene

dos hijos varones, Esteban y Pablo de 18 y 20 años. No los conozco aún, pero yo también tengo miedo de que ellos no me acepten. El mismo temor que tiene Raúl de que tú no lo aceptes. Hablamos mucho de esto entre nosotros. Y la verdad es que no sabemos a ciencia cierta cómo se hace para que todos nos conozcamos y nos respetemos. Sólo sabemos que lo deseamos y que haremos lo posible para lograrlo.

Y, con estas palabras, Alicia dio un fuerte abrazo a su hija y se levantó para irse. Cuando ya alcanzaba la puerta, Ana le hizo una última pregunta:

- ¿Y cómo sabes que esta vez te irá bien y que no terminarás como con papá?

- No lo sé. Pero lo voy a intentar. Así es el amor, una apuesta al futuro. Aunque siento que, gracias al matrimonio que tuve con Juan, aprendí muchas cosas y creo estar mejor preparada esta vez.

Dicho esto y dando por terminada la conversación Alicia se fue. Ana, por su parte, permaneció en la cama. Ya no lloraba como antes pero la embargaba una mezcla de sentimientos. Los recuerdos recuperados se mezclaban con el misterio que eran para ella Raúl y sus hijos. Quería estar sola pero también añoraba a su padre. Se sentía extraña y perdida. Aunque, eso sí, en toda esa confusión había una cosa muy clara: estaba segura, segurísima, de que nunca iba a querer a Raúl.



AQUÍ NO HA PASADO NADA.

El lunes, Ana se despertó con una mezcla de tristeza y cansancio. Sin embargo, a medida que pasaban los días se le fue pasando.

Bien mirado, el asunto del novio de su madre, no había resultado ser tan grave. Porque después de la conversación del domingo no se había vuelto a mencionar el tema. La semana fue transcurriendo sin que el tal Raúl apareciera nuevamente en sus vidas.

Para tranquilidad de Ana cada día, ella y Alicia, hacían las cosas de siempre, sin ningún cambio. Desayunaban juntas, recogían sus cosas y salían en dirección al metro. Se bajaban en la estación del colegio, se despedían en la puerta con un beso y Alicia se iba a la empresa. La mamá de Encarna las buscaba por la tarde y Ana caminaba sola las cuatro manzanas desde la casa de su amiga hasta la suya, donde

la estaba esperando Alicia. Su madre cocinaba, Ana hacía la tarea, cenaban, Alicia al ordenador, Ana al libro, buenas noches y a dormir. Todo normal, todo perfecto y aquí no ha pasado nada.



Justamente en esto venía pensando Ana el jueves por la tarde, camino de su casa. Por supuesto que si quería ser honesta, sí que habían pasado algunas cosas. Nada demasiado serio...

Bueno, al menos eso era lo que ella creía. Era cierto que su mamá, de buenas a primeras, había aparecido el martes con el pelo corto y un peinado muy moderno. Por otra parte, cada día usaba un modelo de los nuevos, se miraba mucho al espejo y salía del baño toda perfumada. Si hasta Encarna había notado que Alicia estaba diferente.

- ¿Tu madre se ha cortado el pelo, no? - le había preguntado un día en el recreo - ¡está guapísima!

- Sí - había contestado Ana sin más detalles.

Pero, por lo demás, la vida seguía como antes y eso era lo importante porque, igual, este Raúl ya no era el novio de su mamá - pensó con cierta

esperanza - o quizás eran novios pero su madre ya no quería que su hija y el famoso Raúl se conocieran...



En fin, que ese jueves, cuando llegó a casa, Ana se sentía más tranquila de lo que había estado en toda la semana desde el fatídico sábado.

Sin embargo, sus esperanzas se esfumaron muy pronto, ya que al entrar oyó que su madre estaba hablando por teléfono y algo la hizo detenerse en el vestíbulo y aguzar el oído.

- No estoy segura. - la escuchó decir - No quisiera ir demasiado deprisa y que echáramos todo a perder.

Luego de un largo silencio la oyó continuar:

- Sí mi amor, ¡claro que quiero!, es sólo que me parece que Ana necesita tiempo para hacerse a las novedades. Además ¿estás seguro de que es buena idea juntarlos a todos? ¿No será demasiado?



- ...

- De acuerdo, hablaré con ella. ¿El sábado entonces?, Y dime, ¿qué te parece que lo hagamos en casa?

Ana se quedó estática donde estaba. Apenas se movió para estirar una mano y apoyarse en la pared. Entonces sintió una cosa muy fea en el estómago al darse cuenta de que ese sábado, es decir ¡dentro de dos días!, Raúl y sus hijos vendrían a cenar.

Tras un instante en esa posición, ya no quiso seguir escuchando y soltando la cartera salió corriendo y se encerró en el baño dando un portazo. Y no volvió a salir hasta casi una hora después, tras haber llorado y llorado apoyada en el lavabo... y una vez que se hubo convencido de que su madre no iría a buscarla.

Cuando Ana, con los ojos rojos por el llanto, entró en la cocina, se encontró con Alicia sentada a la mesa frente a una fuente con pescado y patatas y los platos ya servidos. Ambas se observaron por un segundo tras lo cual la niña tomó asiento y, sin intercambiar palabra, empezaron a cenar.

- ¿Qué te ha pasado? - le preguntó su madre luego de un rato.

- Nada - contestó Ana con la mirada baja.

- ¡Cómo que nada! - exclamó Alicia - has salido corriendo, has tirado tus cosas al suelo, te has encerrado con un portazo y has tardado una hora en salir.

- No me ha pasado nada - insistió la niña terca-mente - nada de nada.

- Ana - le dijo su madre - las cosas no pueden ser así, tenemos que hablar.

- ...

Ana estaba emperrada en no hacerlo y fueron en vano todo los intentos de Alicia de sonsacarle una palabra o una sonrisa. Finalmente le dijo:

- De acuerdo, si no pasa nada y está todo en orden, quiero contarte que este sábado vendrán a cenar Raúl y sus dos hijos. - Y sin más se puso a recoger la mesa.

Sin decir palabra, Ana se fue a su cuarto y se acostó con la intención de dormir. Pero no pudo. Pasaban las horas y no lograba dormirse. El sábado iban a venir Raúl y sus hijos a su casa y ella no quería estar. No quería verlos, ni conocerlos. ¡Ella no iba a estar! Iba a pedirle a Encarna que la invitara a dormir. Sólo al tener este plan logró dormirse.

Dicho y hecho, al día siguiente, en la primera oportunidad que tuvo, le pidió a Encarna que la invitara a dormir el sábado.

- ¡Pues claro! - le dijo Encarna sorprendida
- pero a ti ¿qué bicho te ha picado si nunca quieres venir a dormir?
- Ningún bicho, es sólo que quiero ir a tu casa.
- contestó Ana.
- Oye, que yo no soy tonta y tú estás rarísima. Sé que algo te ocurre porque de un tiempo a esta parte te desconozco.
- No me pasa nada - dijo Ana y se sintió cansada de oírse decir todo el tiempo lo mismo. - ¿Por qué tiene que pasarme algo?
- Es que estás rara, muy rara. - insistió su amiga. Pero, por suerte en ese momento terminó el recreo y con él las preguntas de Encarna y, para alivio de Ana, ya no hubo oportunidad de continuar con la conversación.

Pero es justo decir que, mientras Ana regresaba del colegio, el plan ya no le pareció tan bueno. Seguro que mamá se va a enfadar - pensó - ¡Ay - se dijo - daría cualquier cosa porque las cosas volvieran a ser como antes!



UNA LLEGADA SALVADORA.

Cuando entró en su casa, Ana se vio envuelta en un delicioso olor a comida. Fue a la cocina y allí estaba su madre enfrascada en un libro de recetas, y todo a su alrededor era un gran caos. Parecía que Alicia había sacado todas las ollas de sus estantes y comprado toda la comida del supermercado. No cabía nada más sobre las encimeras, y tres cacerolas burbujeaban y echaban vapor en los fogones de la cocina. Alicia, de tan concentrada, no advirtió la llegada de su hija que se quedó en la puerta mirándola. Ana pensó que su madre no parecía muy feliz. Alicia, sin saberse observada, se retorció un mechón de pelo con una mano mientras que, con el dedo índice de la otra, seguía la lectura del libro y murmuraba para sí:

- Pero si yo he visto que decía jengibre en alguna parte... ¡madre mía para qué me habré metido en este lío...!



- Hola mamá - la saludó.

Alicia dio un respingo y exclamó:

- Uuuuy, ¡me has asustado!

- ¿Qué haces?

- Preparo la comida para mañana.

- Ah, bueno. Yo no voy a estar - y, sin darle posibilidad de responder se marchó.

Apenas había llegado a su habitación cuando apareció allí su madre con expresión grave.



- ¿Qué has dicho?

Ana se giró y se enfrentó a Alicia que estaba parada con una mano en el picaporte y la otra en la cintura.

- Es que Encarna me ha invitado a dormir.

- Y le has dicho que sí.

- Sí.

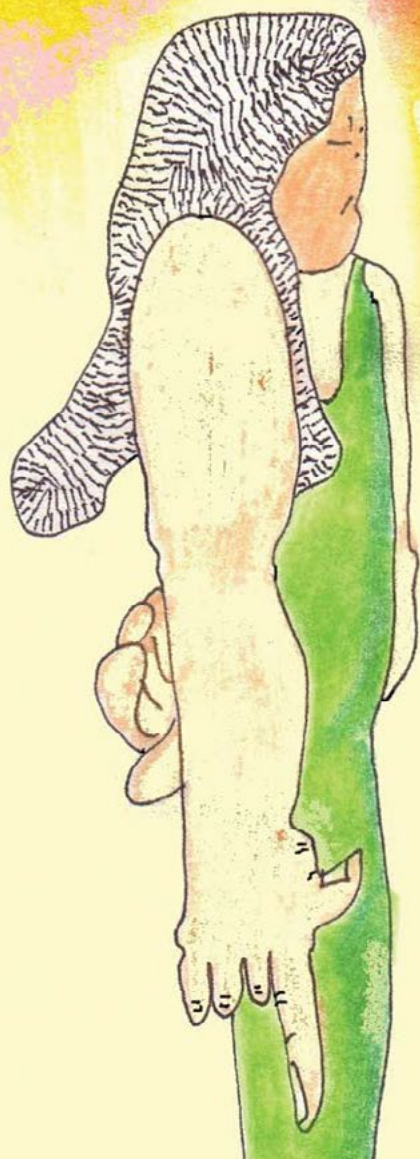
- Quizás hayas olvidado que Raúl y sus hijos vienen a comer - preguntó su madre en un tono que ella conocía bien.

- No. - contestó Ana tras un momento, al tiempo que bajaba la vista al suelo. Es que Alicia parecería taladrarle con sus ojos.

- Entonces...

- Prefiero ir a la casa de Encarna.

- Y yo prefiero que te quedes aquí.



Así estaban las dos, de pie, desafiantes, cuando sonó el timbre de la calle. Alicia le echó una última mirada y fue a ver quién era. Ana, tratando de ganar tiempo para pensar, se encerró en su cuarto y se metió en el baño a tomar una ducha. Estuvo un largo rato bajo el agua, se lavó el pelo aunque lo tenía limpio, se lo secó hasta la última mecha, se cortó las uñas... y cuando ya no supo de qué otro modo postergar su salida, se resignó y abrió la puerta para encararse con su madre.

Pero Alicia no estaba esperándola y la puerta seguía cerrada. Ana la abrió lentamente y asomó la cabeza. Desde la cocina salían unas voces. Su madre estaba hablando con un hombre... pero... ¡si era su padre!

- ¡Papá! - gritó al tiempo que corría a la cocina y se arrojaba sobre Juan abrazándolo con todas sus fuerzas.

- ¡Ah, mi niña preciosa! - dijo su padre

mientras la llenaba de besos. - Qué grande te estas poniendo, a ver, déjame verte - dijo mientras la separaba para apreciarla mejor - ¡y qué guapa!

- ¿Has venido a buscarme? - le preguntó Ana ansiosa.

- ¡Claro que sí! - exclamó Juan - esta mañana me he enterado de que debía venir a Madrid y me he puesto feliz pensando que vería a mi niña.

- ¿Y nos vamos ahora? - preguntó Ana sintiendo de pronto un gran alivio.

- Así es - respondió su padre - nos vamos a comer una paellita los dos juntos. ¿Qué te parece?, ¿te apetece?

- ¿Y luego?

- Y luego te traigo a casa.

Ana miró a su madre, que muy seria y apoyada en la nevera observaba la escena. Por su expresión parecía que iba a decir algo sobre la conversación interrumpida. Se quedó esperando.

- Ve por tu abrigo - dijo Alicia finalmente.

Ana salió corriendo a buscarlo y también tomó una pequeña mochila donde puso un pijama y el cepillo de dientes. Luego, volvió a la cocina donde sus padres seguían conversando.

- Estoy lista - anunció y sin dar lugar a más intercambios corrió hacia el vestíbulo y salió a llamar el ascensor.

Mientras esperaba a su padre, mantuvo la vista fija en el botón de llamada. Cuando llegó el ascensor, abrió la puerta al mismo tiempo que su padre aparecía.

- ¡Un momento, que vas muy rápido hija!
- exclamó Juan mientras se iba poniendo la chaqueta y caminaba hacia ella. Ana observó a hurtadillas a su madre que se despedía de su padre y sin saludarla entró en el ascensor.



Cuando Juan ya estaba dentro, Alicia asomó su cabeza.

- Hasta luego Ana. Nos vemos más tarde.

- Adiós - contestó la niña y pensó para sí - ya no volveré. Cuando le cuente a papá... me llevará con él.

UNA FAMILIA MUY RARA.

Desde el minuto en que subieron al taxi, Ana estuvo tratando de captar la atención de su padre. ¡Tenía tantas ganas de contarle lo que estaba sucediendo! Pero tuvo que armarse de paciencia porque transcurrió un largo rato hasta que eso fue posible. Primero, el chofer no paró de hablar, luego, al llegar al restaurante preferido de Juan, éste se puso a saludar a todos los camareros y a encargarse de una paella con todo lujo de detalles. Finalmente, le llegó su momento.

- Papá - dijo Ana - y sin darle tiempo a responder se lanzó a hablar a toda carrera. - ¡Mamá tiene un novio! Se llama Raúl y mañana va a venir a cenar a casa. Tiene dos hijos mayores y yo no quiero oír hablar del asunto. Raúl trabaja en la empresa y el otro día llamó a casa. Mamá quiere que yo lo conozca pero a mí no me parece bien. ¡Yo no lo quiero conocer! ¿Puedo ir a vivir a Mallorca contigo? Yo podría ir al colegio que está en

el puerto y luego por las noches podemos cocinar juntos y...

- ¡Pero bueno!, un segundo señorita, ¡tómese un momento para respirar!



Ana paró en seco y se quedó mirando a su padre.

- Ana, hija, tranquila que no pasa nada.

- Pero ¿me has oído bien? - preguntó la niña - ¡te he dicho que mamá tiene un novio!

- Ya lo sé.

- ¿Lo sabes?, ¿quién te lo ha dicho?

- Alicia.

- ¿Mamá?

- Pues claro, es una noticia importante para ella y una alegría que ha compartido conmigo.

- ¿Y a ti no te importa? ¿No estás enfadado con ella?

- ¿Enfadado? Ana, ¿por qué habría de estarlo? Tu madre y yo llevamos siete años divorciados. Alicia es joven, buena y encantadora. Es lógico que se enamore y rehaga su vida.

- ¿Y tú?

- Ah, ya quisiera yo tener una novia, es sólo que aún no he encontrado la mujer adecuada.

Ana se quedó en silencio. En ese momento trajeron la paella. La niña comenzó a revolverla con desgana con el tenedor mientras su padre la observaba. Era evidente que por la cabeza de Ana pasaban pensamientos turbulentos y la desilusión estaba pintada en su rostro. ¡Pensar que por un momento ella había creído que con la llegada de su padre se habían resuelto sus problemas!



- Vamos a ver - dijo Juan de pronto - ¿De veras estabas pensando en irte a vivir a Mallorca?

Ana entregó la mochila a Juan, que la abrió y miró en su interior sin decir palabra. Luego la cerró y la puso a un lado.

- Ojalá algún día vinieras a pasar una temporada conmigo en Mallorca. Pero para eso falta algún tiempo. Aún eres pequeña y tu madre y yo hemos decidido que es mejor que te quedes en Madrid. Cuando seas mayor, tú misma podrás decidir dónde quieres estar, y espero que ese día decidas dónde vivir por las mejores razones.

Ana no entendió lo que su padre quería decirle pero permaneció callada.

- Porque, ¿sabes? Escapándote no se arreglan las cosas. Sobre todo escapándote sin haberte

dado la oportunidad de hacer frente a los problemas y resolverlos.

- Pero yo no los puedo resolver.

- ¿Por qué no?

- ¡Porque no sé cómo hacer para que las cosas vuelvan a ser como antes!

- Bueno hija, eso seguro que no lo vas a lograr. La vida es un constante cambio. Las cosas nunca son como “eran antes”. Vas creciendo, teniendo nuevas experiencias, dificultades, posibilidades...

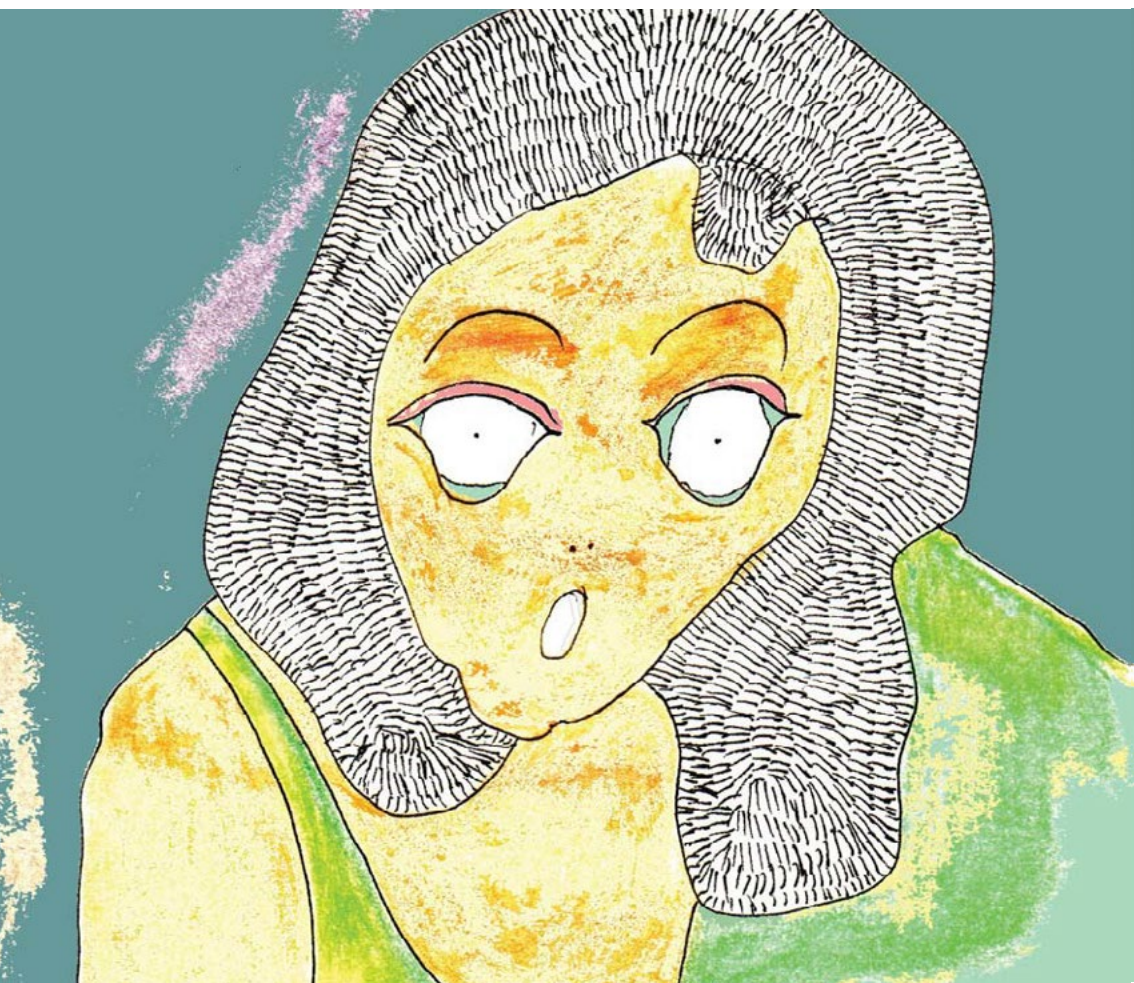
- Pero a mí me gustaba como era antes. ¿Por qué todo tiene que cambiar?

Su padre se quedó en silencio mientras comía su paella. Al terminar el plato le preguntó:

- Y cuando dices “antes”... ¿a qué te refieres? ¿A cuál antes?

- Cómo a cuál antes, - respondió Ana - a antes, a como era hace una semana cuando yo

no sabía de la existencia de Raúl y... - y en ese momento, al ver la expresión de su padre Ana se dio cuenta de que ella tenía dos “antes”. “Antes”, cuando sus padres y ella vivían juntos y “antes”, cuando ella y Alicia se habían mudado al piso nuevo y Juan a Mallorca. Ana se quedó mirando a su padre con sus ojos grandes como platos.



- ¿Hay más de un antes en tu vida, no? - le dijo Juan - como en la mía, en la de Alicia y en la de Raúl... En la de todos, porque no podemos detener el tiempo, Ana. ¡Y, además, no queremos! Imagina si en vez de cambiar de curso tuvieras que quedarte siempre en parvulario. O imagina que conocieras una niña muy simpática y no pudieras hacer amistad con ella porque ya eres amiga de Encarna y, al incorporar a otra, ya no sería como “antes”.

- Pero entonces... ¿yo voy a tener una nueva familia? ¿Tú ya no serás mi padre como antes... como ahora? - preguntó Ana con un hilo de voz y muy confundida.

- No. Yo siempre seré tu padre. Aún cuando muera seguiré siendo tu padre y Alicia tu madre. No, más bien es como si la familia se agrandara. Mira, te daré un ejemplo, algún día, seguramente, tú te enamorarás, saldrás con tu novio, nos lo presentarás y nos iremos conociendo. Poco a poco tu chico pasará a ser parte de nuestra

familia y tú parte de la familia de él. Bueno ahora es igual, salvo que en este caso no se trata de ti sino de tu madre. Ella se ha enamorado y quiere presentarte a Raúl. Con el tiempo os iréis conociendo e iréis compartiendo las cosas de la vida y empezaréis a formar parte de una misma familia.

- ¿Y tú también?

- ¿Yo también qué, hijita? - le preguntó Juan mientras le acariciaba la mano.

- ¿Vas a ser parte de esta familia “agrandada”?

- Claro, y si algún día me enamoro de nuevo, mi mujer también.

Ana permaneció en silencio un largo tiempo al cabo del cual dijo:

- Qué lío, ¡cuánta gente! ¡Vamos a ser una familia muy rara!

- No lo creas hija, hay muchas familias que son así. Además, lo importante es que esta es



nuestra familia y ojalá todos podamos ir incluyendo en ella a quienes amamos.

- Y mamá ama a Raúl.

- Así es.

Ana se quedó callada durante varios minutos. Luego mirando a su padre dijo:

- Mañana tengo que hablar con Encarna - y con un largo suspiro agregó - voy a decirle que no puedo ir a dormir a su casa y que mamá tiene un novio.

REVOLTIJO DE ESTÓMAGO.

- ¡Un novio! Por eso tu madre se cortó el pelo, ¡un novio! ¡Qué guay! Ay qué romántico... ¿te imaginas cuando nosotras tengamos novios?

Ana, callada, esperaba desde hacia diez minutos que Encarna terminara con sus exclamaciones, sus guays y sus ays. Cuando había llamado a su amiga para citarla en el portal del edificio “porque tenía que contarle algo muy importante” realmente no sabía cómo iba a reaccionar. Desde que había despertado había estado pensando en eso, preparándose para varias posibilidades. Sin embargo, tenía que reconocer que el entusiasmo de Encarna no había sido una de ellas.

- ¿Dónde se conocieron?, ¿Tú ya lo has visto?, ¿es guapo?, ¿es viejo? ¿Cómo se llama?

- Raúl. - fue la breve respuesta de Ana.

- ¿Es guapo? - insistió Encarna sin notar que su amiga no parecía muy animada.

- No lo conozco. Esta noche vendrá a casa a cenar.

- Ah, entonces no debes venir a casa a dormir - dijo Encarna en tono de consejo - y mañana nos vemos y me cuentas todo, todo. Porque, fíjate, sería una tontería que vinieras a casa y te perdieras esta cena... - y en ese momento Encarna notó por primera vez la expresión seria de su amiga - ¡por eso querías venir a dormir a casa!

Ana mantuvo los ojos apartados y no respondió.

- ¡Ya decía yo que tú estabas rarísima! Qué pasa Ana, ¿no te gusta que tu mamá tenga novio?

- No...

- ¿Por qué?

- No sé. Pero no me gusta.

- Pero Alicia debe estar súper contenta. Es bonito tener novio - agregó Encarna mientras miraba a Ana que ahora se estiraba la falda con mucho cuidado.

- Raúl tiene dos hijos mayores. Esteban y Pablo de 18 y 20 años. También los voy a conocer hoy.
- ¡Uy que guay! - de nuevo se dejó llevar por el entusiasmo Encarna - ¿y son guapos?

Ana miró a su amiga con reprobación.

- ¡Pero chica! ¿Es en lo único en que puedes pensar? ¡Es que no te enteras de nada!

- Vale, vale, no te enfades. Perdóname.

- Mi padre dice que es como una familia agrandada.

- Claro - se animó Encarna - ahora tu familia se parece más a la mía, lo único que en vez de tener cuatro hermanos tendrás dos y en vez de tener un padre tendrás dos y... - notando la dura mirada de Ana la voz de Encarna se fue apagando.



- Nada de eso - fue la enérgica respuesta de Ana
- ¡estos chicos no son mis hermanos, y Raúl no es mi padre!
- Claro - respondió rápidamente Encarna - sólo decía...

Cuando regresaba a casa, Ana no sabía si se sentía desilusionada por la actitud de Encarna o aliviada. Quizás un poquito de ambos. Porque a Encarna no le había parecido horrible que su madre tuviera novio. Aunque tampoco había comprendido por qué ella no quería que las cosas cambiaran. Y lo de los hermanos y los padres... ¡qué estupidez! - pensó Ana - es que a veces Encarna era una verdadera boba.

Al llegar encontró a Alicia limpiando la casa hasta eliminar la última mota de polvo. Ana, sin decir palabra, cogió la fregona, preparó el cubo con agua y jabón y se puso a limpiar a fondo el suelo de la cocina. Luego siguió con los baños.

Finalmente ordenó su cuarto. Mientras hacía todo esto se iba cruzando con Alicia por el pasillo y apenas se miraban. Pero Ana podía ver que su madre estaba esmerándose como nunca con la limpieza. Hasta había limpiado los cristales y pasado un trapo uno por uno a los libros de la biblioteca.

A las tres de la tarde Alicia la llamó.

- ¡Está lista la comida!

En la cocina Ana se encontró con que su madre había preparado una comida fría, con jamón serrano y de york, queso, una chapata cortada en rebanadas y algunas frutas. ¡Su comida preferida! Además con tanto trabajo en casa y la semana fatal que había pasado Ana sintió de pronto ¡que tenía un hambre gigante! Cuando iba por su tercer bocadillo notó que su madre no comía y la observaba muy seriamente.



- ¿No tienes hambre? - preguntó mientras masticaba a dos carrillos.

- No. Tengo un revoltijo en el estómago. - y ante la extrañeza de Ana, Alicia agregó - Estoy un poco nerviosa.

Ana apoyó el bocadillo en el plato y de pronto sintió una profunda ternura por su madre que, con su nuevo peinado un poco revuelto, tenía una expresión de niña asustada.

- ¿A qué hora vienen? - preguntó al cabo de un momento.

- A las nueve - respondió Alicia siempre seria.

- Bueno, quizás puedas dormir una siesta - dijo Ana sintiéndose muy mayor - Vete a la cama que yo te llamo dentro de un rato.

- Vale - y sin más Alicia se fue a su cuarto.

Pasados unos minutos Ana se asomó al cuarto de Alicia para ver si dormía. Su madre estaba

en la cama y apenas la oyó abrió los ojos y le sonrió haciéndole un gesto con la mano para que se acostara a su lado. Ana se acomodó en la cama y Alicia la abrazó, y en menos de lo que canta un gallo las dos se quedaron dormidas y no se despertaron hasta tres horas más tarde.

Ana, con la sensación de haber dormido durante horas, abrió los ojos y se encontró con los de su madre, fijos en ella.



- ¿Qué hora es? - preguntó luego de desperezarse como un gato.

- Las siete. Todavía tenemos tiempo - contestó Alicia mientras le acomodaba cariñosamente el pelo.

- ¿Ya se te pasó el revoltijo de estómago?

- le preguntó.

- Bastante, sí. Me hizo bien la siesta pero la verdad es que igual estoy un poco nerviosa.

- Alicia apoyó la cabeza en la almohada y se quedó mirando el techo - espero que todo salga bien esta noche.

Ambas permanecieron calladas durante unos minutos más. Ese fue el último momento de calma que madre e hija disfrutaron juntas, porque diez minutos después Alicia decretó que era hora de prepararlo todo y con tanta actividad, a Alicia se le pasaron las dos horas volando. A Ana también, porque su madre corría de un lado a otro dándole todo tipo de instrucciones

como “alcánzame la salsa azul”, “vete a bañar”, “no mejor primero busca las servilletas bordadas en el aparador del salón”, “pero ¿quién puso estos cubiertos aquí?”, “vamos, vamos ayúdame a llevar los platos” ...

En este torbellino, Ana tuvo apenas un momento de tranquilidad cuando su madre se fue a bañar. Ella ya estaba lista, vestida y peinada cuando Alicia cerró la puerta del baño con una última instrucción, “enciende todas las luces del salón”. Entonces la casa quedó en calma.

Sin darse prisa, fue encendiendo las luces, una a una mientras recorría todo el salón, observando cada detalle de la mesa, enderezando una de las velas, estirando el mantel, acomodando las sillas... Luego fue a la cocina y miró las fuentes preparadas por su madre y pensó que todo estaba ¡tan bonito! Al ver cómo Alicia había doblado las servilletas para el aperitivo sonrió

y le vino un sentimiento de expectativa. Mezcla de emoción y de miedo.

En ese momento sonó el teléfono.

- ¡Hola hija! - escuchó a Juan del otro lado.
- Hola papá, ¿estás en Madrid?
- No, te llamo desde la isla. Sólo quería mandarte un abrazo. ¿Cómo estás?
- Mamá se está duchando y dentro de un rato vendrán Raúl y sus hijos.
- Lo sé Ana, oye hija, estoy seguro de que todo saldrá bien. ¿No lo crees?
- No sé.
- Piensa que esta noche es sólo la primera. La idea es conocerse, nada más. Tú tranquila y ayuda a tu madre.
- De acuerdo. ¡Un beso grande papá!
- Un beso a ti pequeña y te llamo dentro de unos días.

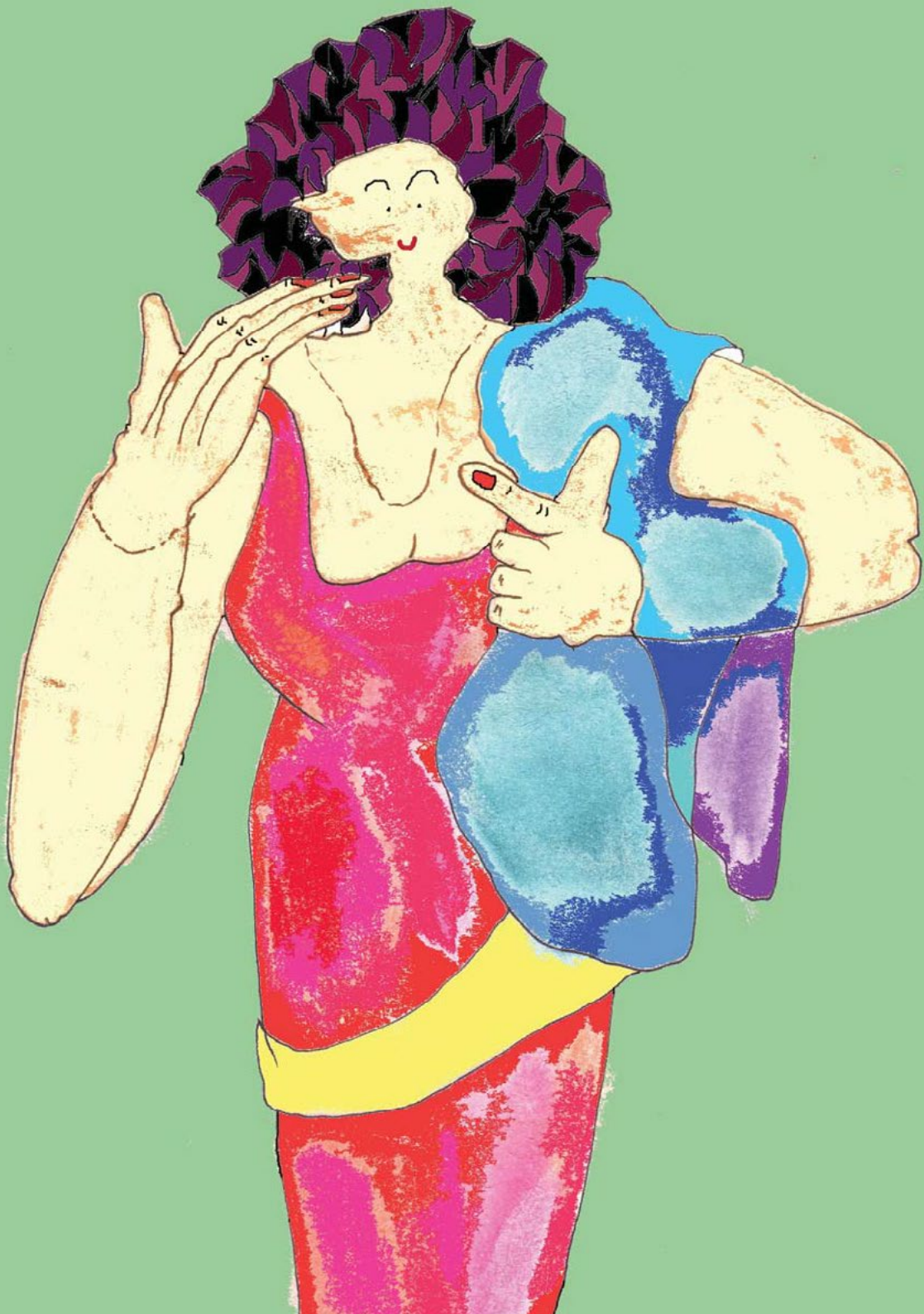
Ana colgó el teléfono. Le había gustado que

su padre la llamara. En eso estaba pensando cuando su madre salió del baño. Ana al oírla se asomó al pasillo y la vio avanzar hacia ella. ¡Alicia estaba de impacto! Tenía puesto uno de sus vestidos nuevos. Uno, que la propia Ana había elegido. Al llegar hasta ella, le sonrió ilusionada.

- Y... ¿cómo estoy? - preguntó mientras se tocaba ligeramente el peinado.

- Preciosa - contestó Ana al tiempo que se arrojaba en sus brazos.

Tras un largo y apretado abrazo ambas se separaron para mirarse. En ese momento sonó el timbre. Eran las nueve en punto. Raúl y sus hijos ¡habían llegado!



EL NOVIO DE MAMÁ.

Cuando Alicia abrió la puerta, Ana sintió que se volvían muy pequeñas frente a los tres hombres que las miraban sonrientes. Por un instante los cinco se quedaron quietos, observándose unos a otros con curiosidad, pero luego comenzaron las presentaciones y de pronto todos hablaban al mismo tiempo mientras se saludaban.



Cuando Raúl se inclinó para decirle hola, Ana vio que traía dos ramos de flores. Uno grande de rosas rojas y uno más pequeño de flores multicolores. Después de saludarla le entregó el segundo.

- Estas flores son para ti y estas otras para tu madre - dijo mientras extendía el ramo de rosas en dirección a Alicia.

Era la primera vez que le regalaban flores y mientras abrazaba el ramo contra su pecho le echó una mirada a Esteban y Pablo que hablaban con Alicia. Ambos eran altos, como Raúl y, para sorpresa de Ana, parecían contentos de estar allí. La niña se quedó observando como se dirigían a su madre y cómo ésta les contestaba animadamente. Cuando su mirada se cruzó con la de Pablo, el chico, sonriéndole, le guiñó un ojo.



Ana, sorprendida, miró rápidamente en otra dirección y sin saber qué hacer, se dirigió a la cocina. Allí buscó un jarrón, lo llenó con agua, acomodó las flores y las llevó a su cuarto donde las dejó sobre la mesa. Sentándose en la cama, se quedó escuchando las voces que llegaban amortiguadas. Finalmente, sin muchas ganas, fue al encuentro de los demás.

En el salón ya estaban todos sentados, Raúl y Alicia en el sofá, Pablo y Esteban en los silloncitos. Al verla, su madre le hizo un gesto llamándola para que se ubicara a su lado. Apoyando su cabeza en el respaldo permaneció callada oyendo conversar a los mayores. Poco a poco, se fue animando a mirar a Esteban y Pablo, aunque todavía no se atrevía a fijar sus ojos en Raúl.

Al principio no prestaba atención a lo que decían, sólo los observaba, pero su interés



fue creciendo a medida que los hijos de Raúl hablaban acerca de sus estudios. Esteban iba a ser director de cine y Pablo “chef”. Cuando escuchó esta palabra, no supo lo que significaba pero muy pronto descubrió que Pablo iba a ser cocinero!

Bueno - dijo Alicia después de un rato - ha llegado la hora de comer. Espero que el chef apruebe el menú que he preparado - y con esta broma se fueron a la mesa.

Durante la cena, ya un poco más tranquila, Ana aprovechó para examinar a Raúl. El novio de su madre era moreno, fuerte y de voz profunda, y una vez que empezó, Ana ya no pudo dejar de mirarlo. En especial el modo en que gesticulaba con sus manos mientras hablaba y la manera en que echaba con fuerza la cabeza atrás cuando soltaba una carcajada. Parecía feliz y cada vez que los ojos de la niña y los del hombre se cruzaban, él le dedicaba una gran sonrisa.

Alicia, por su parte, se veía dichosa y muy interesada en todo lo que contaban Pablo y Esteban. A medida que transcurría la cena, Ana se sentía más asombrada. Los días anteriores en ningún momento había tratado de imaginar a Raúl sino que había estado pensando en su propia situación y en cómo ésta iba a cambiar. Sin embargo, esa noche, Ana se daba cuenta de que Raúl no sólo era “el novio de mamá” sino que además tenía hijos, le gustaba pescar, sabía hacer tortilla y había sido marinero. En fin, que era una persona normal. Aunque, quizás, lo más sorprendente era que Raúl no le caía mal y que los chicos le resultaban simpáticos.

Sobre todo Pablo. Porque nunca había conocido un cocinero y porque era muy gracioso. Le iba a contar a Encarna que el hijo menor de Raúl iba a ser chef. Claro que iba a tener que explicarle qué significaba esa palabra, porque estaba segura de que Encarna tampoco la había oído jamás.

También iba a decirle que su madre al final de la cena había propuesto que fueran todos juntos una semana a esquiar a Sierra Nevada. ¡Tenía muchas cosas para contarle!

A medida que pasaba la noche se fue animando a hablar, y cuando Raúl le preguntó quién era su mejor amiga ella les había contado acerca de Encarna y también del colegio y del barco de su padre. Después Pablo había propuesto que hicieran una cadena para llevar los platos a la cocina y eso había sido muy divertido ya que, sin tener que caminar, se habían pasado los platos unos a otros, empezando por Esteban que estaba junto a la mesa hasta llegar a Raúl que estaba frente al fregadero. Trabajaron tan bien que para cuando los tres hombres se habían marchado a las dos de la mañana ya no quedaba nada por hacer.



Ellas dos se habían acostado a las tres porque después de que Raúl y sus hijos se fueran Alicia la había invitado a comer un poco más de postre. Mientras terminaban lo que quedaba de las natillas, cada una con su cuchara y comiendo directamente de la fuente, habían estado cerca de una hora conversando.

- ¿Tú habías conocido antes a un chef? - fue la primera pregunta de Alicia.

- No, y tampoco a un director de cine. Pablo dijo que un día tendrá un restaurante en Madrid. Nosotras vamos a ir a comer allí, ¿vale?

- Claro y vamos a ir a ver las películas de Esteban - agregó su madre.

- Sí, también. ¿De verdad iremos a Sierra Nevada?

- Por supuesto, ¿no te parece bien? De ese modo podremos ir conociéndonos más.

Durante un rato permanecieron en silencio comiendo.

- ¿En qué piensas? - preguntó Ana a su madre cuando hubo tragado la última cucharada de natillas.

- En que fue una noche muy agradable y me sentí muy cómoda con Pablo y Esteban - y en ese momento Alicia le tomó la mano y agregó - gracias por toda tu ayuda Ana.

- De nada - respondió la niña - a mi también me gustaron Pablo y Esteban...

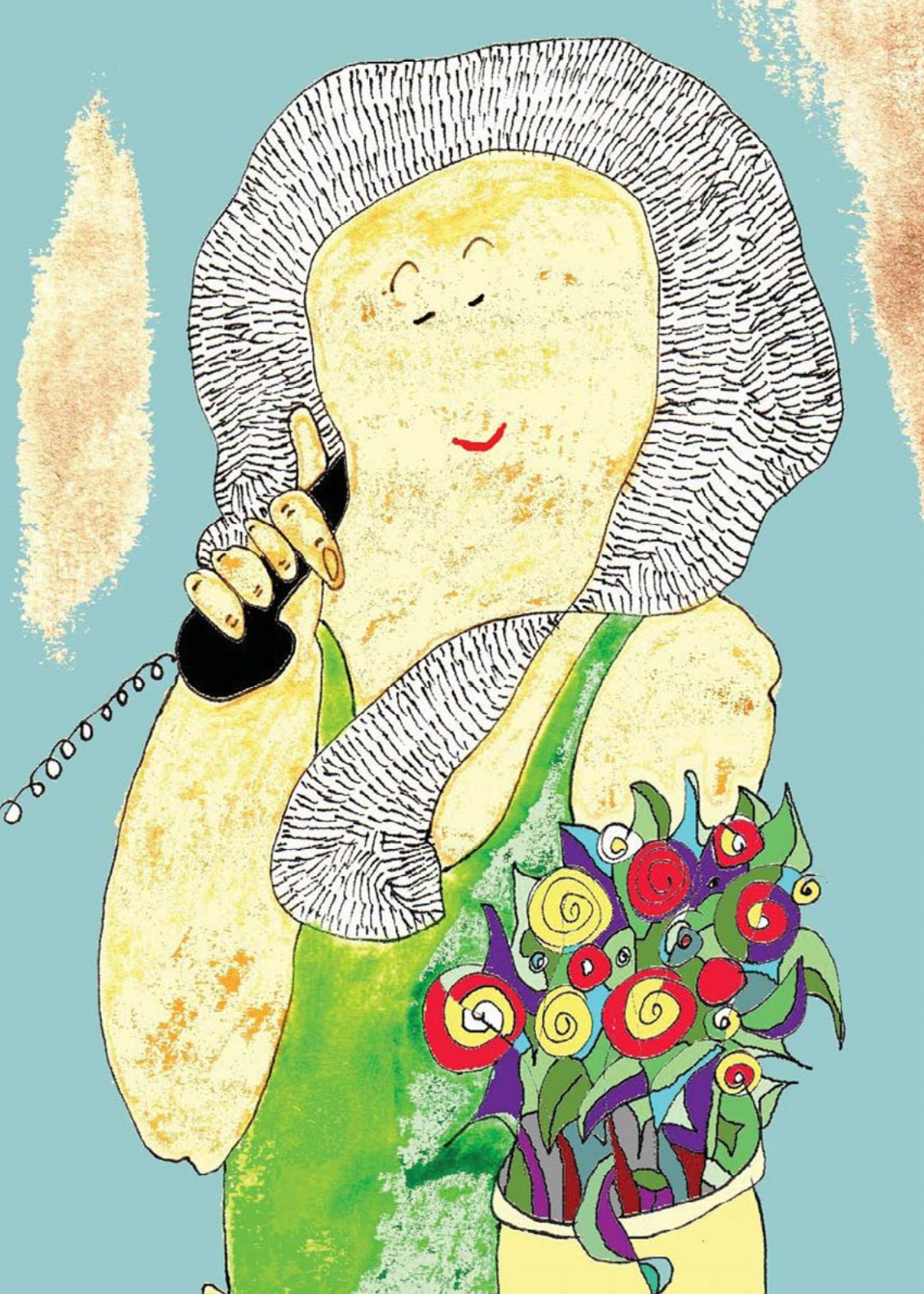
- ¿Y Raúl? - preguntó al cabo de un rato Alicia.

- También.

- Me alegro mucho, hija.

Al día siguiente, Ana se despertó temprano y mientras esperaba que Alicia se levantara llamó a su amiga para contarle las novedades.

- ¿Cocinero?, ¿director de cine? - Encarna había escuchado a su amiga que hacía quince minutos que le estaba hablando sin parar y estas eran las primeras palabras que lograba pronunciar.



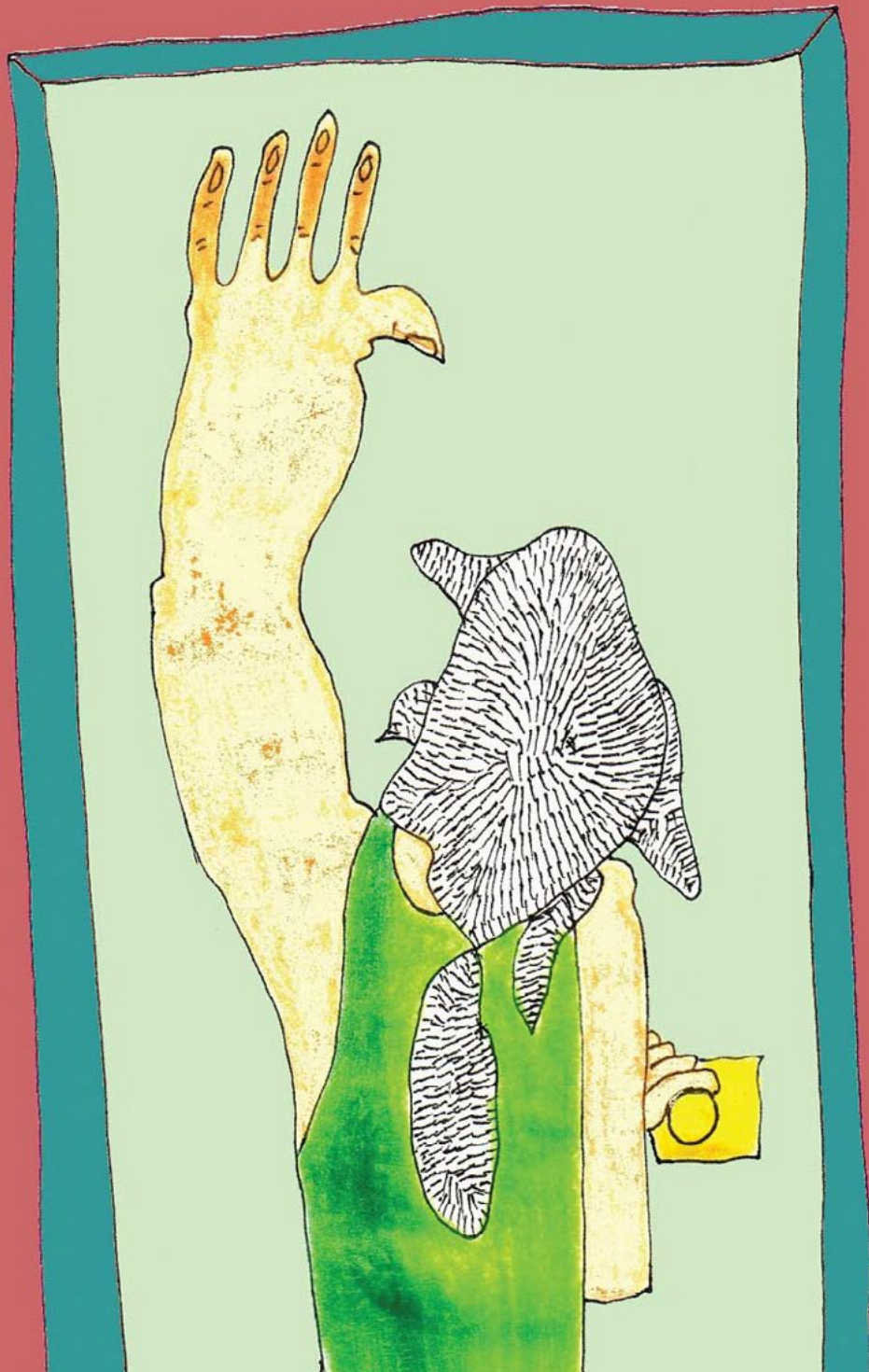
- Sí, pero se dice chef, yo dije cocinero para que entendieras.
- ¡Chef!
- Sí, y Pablo un día tendrá un restaurante y Esteban va a hacer películas.
- ¡Películas!
- Y nos vamos a ir todos a esquiar a Sierra Nevada.
- ¿Y el novio de tu madre?
- Raúl.
- Si, Raúl, ¿es simpático?
- Me trajo flores.
- ¡Qué guay!
- Las puse en mi cuarto porque son para mí y trajo otras para mamá. Bueno, te dejo porque oigo que mamá se ha despertado. Mañana en el cole te cuento más.

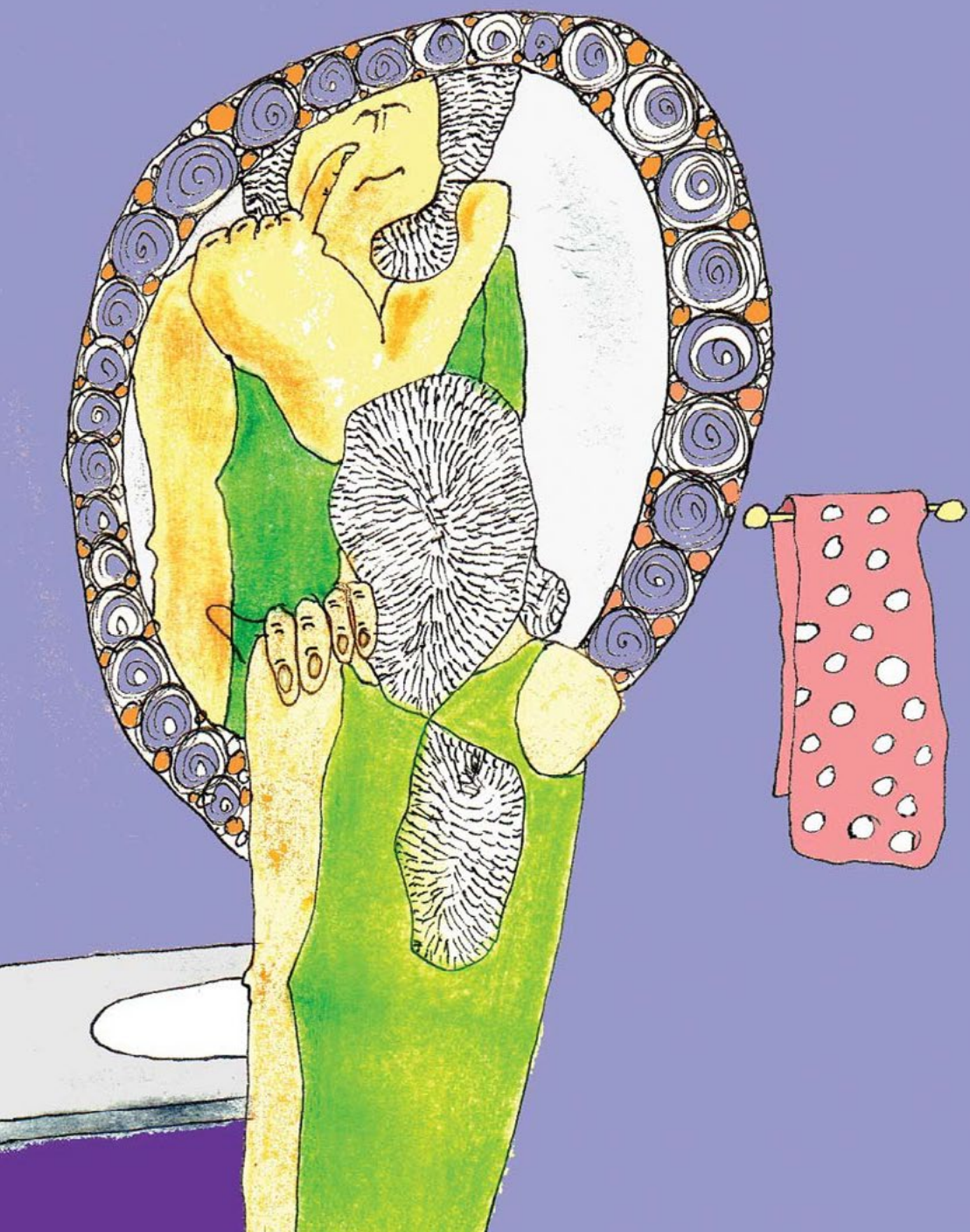
Ese día se quedaron las dos en casa. Vieron películas en la tele, comieron las sobras y se fueron pronto a la cama para recuperarse de la noche anterior. La cena había sido como una prueba y ambas sentían que había salido bien.

A MI TAMBIÉN ME PARECIÓ RARO.

Ana se despertó con la sensación de haber dormido demasiado. Al abrir los ojos, el sol entraba por la ventana. Miró el reloj, eran las diez y media de la mañana. Se levantó extrañada de que su madre no la hubiera llamado aún. Salió al pasillo y vio que la puerta de Alicia estaba cerrada. Se dirigió a la cocina y al salón pero no la encontró. Volvió sobre sus pasos y decidió ir a la cama de nuevo, pero esta vez a la de su madre. Al llegar al cuarto de Alicia intentó abrir la puerta pero ésta no se movió. Volvió a intentarlo y entonces comprendió que estaba con llave. - Pero, ¿por qué mamá habrá cerrado la puerta? - se preguntó sorprendida y de pronto se imaginó por qué - ¡Es que Raúl se ha quedado a dormir!

Sintiéndose desconcertada se fue a su cuarto y una vez allí se metió en el baño. Se quedó de pie frente al espejo, observándose. No sabía qué sentía. La enfadaba que su madre no le hubiera





dicho que Raúl se quedaría. Bueno, en realidad se lo había dicho. Unos días atrás le había preguntado si le molestaría que Raúl se quedara a dormir en casa algún día. Ella había respondido que no.

La noche anterior, los tres habían visto la televisión y luego ella se había ido a dormir. Raúl y Alicia se habían quedado en la cocina conversando. Ella se había despedido de Raúl y no le habían aclarado nada.

Aún sin poder decir qué sentía exactamente, Ana se vistió y se fue a la cocina a desayunar. Ya habían pasado cuatro semanas desde la cena con Raúl y sus hijos y en ese tiempo, el novio de su madre había ido a cenar muchas veces. También habían salido de paseo los tres juntos y las habían invitado dos veces a comer a casa de Raúl con Esteban y Pablo. Ana ya se sentía más cómoda con ellos y la presencia y las

llamadas de Raúl eran parte de la vida cotidiana. Sin embargo, esta mañana, al encontrar la puerta cerrada se había sentido mal.

Estaba en la cocina comiendo una manzana cuando sonó el timbre de la calle. Al preguntar quién era se sorprendió al oír la voz de Pablo. Abrió la puerta, y allí estaba el hijo menor de Raúl con una bolsa en su mano.

- Hola, Ana - la saludó - Ayer quedé que iba a encontrarme con papá en tu casa. ¿Está aquí, no?

- Hola - respondió ella y dejándolo pasar agregó

- creo que sí.

Pablo miró a la niña que, con la manzana a medio comer y todavía sin peinar, parecía un poco desorientada.

- ¿Todavía duermen? - preguntó entonces el chico.

- Creo que sí.

- Mmmm... ¿has desayunado, Ana? - fue lo siguiente que dijo Pablo.

Ana miró la manzana y sintió que estaba a punto de echarse a llorar. Ella los domingos desayunaba siempre con Alicia. ¡Preparaban todo juntas! Pablo comprendió la situación.

- Oye, ¡tengo una idea! - le dijo haciendo como si no notara las lágrimas que ya corrían por las mejillas de Ana. - He traído churros pero pienso que estos dormilones no se los merecen. ¿Qué tal si tú y yo nos vamos al parque y nos tomamos nuestro desayuno allí?

- Bueno - dijo Ana en voz baja.

- Vale, ve a buscar tu abrigo, que yo les dejo una nota.

Hasta que no llegaron al parque Ana no se dio cuenta de que Pablo no traía consigo los churros.

- ¡Te has olvidado los churros en casa!
- exclamó al notarlo. ¿Y ahora qué vamos a desayunar?

- Ahhh, - le dijo Pablo al tiempo que la tomaba de la mano y cruzaban la calle en dirección a un café - ¡los dejé a propósito! Nosotros dos vamos a tomar un desayuno a lo grande.

Así fue. Pablo pidió churros y bollos, chocolate caliente y zumo de naranja y ambos se dedicaron a comer hasta dejar los platos vacíos. Al terminar, Pablo le preguntó:

- No sabías que mi padre se iba a quedar a dormir en tu casa, ¿verdad?

Si bien Ana se sorprendió con la pregunta, no le molestó porque justamente estaba pensando en eso.

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque a mi me pasó lo mismo, por eso te comprendo perfectamente.

- Pero, ¿mi madre se ha quedado a dormir en tu casa? - preguntó extrañada porque no lo recordaba.

- No, me refiero a cuando Alberto, el novio de mi madre se quedó por primera vez.

- ¿Tu madre tiene novio? - preguntó la niña dándose cuenta de que nunca había pensado en que Pablo y Esteban tendrían madre.

- Bueno, ahora tiene marido, porque se han casado. Hace ocho años ya.

- ¿Ocho años?, ¿pero entonces cuantos años tenías cuando tus padres se separaron?

- Siete años.

- ¿Y te acuerdas de tus padres cuando estaban juntos?

- No mucho, algo sí.

- ¿Y te dio pena cuando se divorciaron?

- Mucha pena, de eso sí me acuerdo.



Los dos permanecieron un rato en silencio.
Luego Pablo continuó:

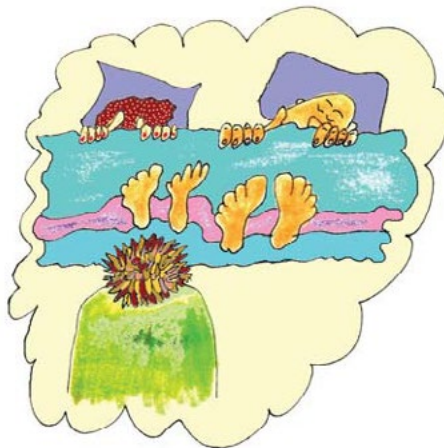
- Una mañana me desperté y en seguida me di cuenta de que Alberto se había quedado a dormir. Encontré su chaqueta y las llaves de su coche en el salón.

- ¿Y qué hiciste?

- Fui al cuarto de mi madre y abrí despacio la puerta.

- ¡Y estaba cerrada con llave! - interrumpió Ana.

- No, estaba abierta y aunque estaba oscuro, pude ver que Alberto y mi madre dormían.



- ¿Y entonces qué hiciste?

- Fui a despertar a Esteban. Le conté lo que había visto.

- ¿Y que pasó?

- Nada. Nos preparamos el desayuno y nos quedamos esperando. Después mi madre y Alberto se levantaron y vinieron a desayunar. Esa fue la primera vez. Luego, con el tiempo me acostumbré. Pero la primera vez a mi también me pareció raro. Como a ti.

- Es que mi madre y yo siempre hacemos desayunos especiales los domingos.

- Claro.

Ana levantó la mirada y se encontró con la sonrisa de Pablo.

- Cuando mis padres se separaron - dijo el chico al cabo de un rato - estuve muy triste. Sobre todo porque veía a papá muy solo. Nosotros nos quedamos en la casa de siempre. Él, en

cambio, se mudó a un piso. Al principio no tenía muchos muebles. Con Esteban, cada vez que íbamos tratábamos de convencerlo de que comprara algo para la casa.

- ¿Y tu papá no tuvo una novia?

- No, Alicia es la primera después de la separación. Salió con muchas mujeres, a cenar, al cine, pero nunca antes nos había presentado una novia.

- ¿Y te gusta que tenga novia? - se atrevió a preguntar Ana.

- ¡Me encanta!, no quiero que mi padre esté solo y veo que está muy feliz con Alicia y creo - agregó con suavidad - que Alicia también está feliz. ¿No te parece?

Ana se quedó pensando. Finalmente, ante la mirada inquisitiva de Pablo, respondió:

- Sí, mamá está feliz.

Cuando volvieron a la casa, Alicia y Raúl estaban comiéndose los churros. Pablo y ella se sumaron y ¡volvieron a desayunar!

Ana siempre recordaría ese día como uno muy especial. Especial porque había sido la primera vez que Raúl se había quedado a dormir en su casa, y porque Pablo y ella habían hablado de cosas muy importantes.

TRES CHOCOLATES.

La niña tenía un pañuelo puesto en la cabeza que hacía las veces de gorro de cocinero. Pablo había insistido en que tanto ella como Esteban lo usaran porque, según él, lo peor que le podía pasar a un chef, era que la gente encontrara un pelo en su comida.

Además del gorro, Pablo había puesto otra condición y era que sus ayudantes se lavaran las manos con jabón y cepillo hasta que quedaran blancas como la nieve. Frente a la mirada ofendida de Ana, el chico había explicado que él también lo haría, y ahí mismo se había enjabonado las manos como si se tratara de un cirujano a punto de operar.

Una vez que los tres estuvieron listos, Pablo anunció el menú.

- Señores y señoras, esta noche comeremos de primero una ensalada exótica, de segundo,

unas chuletas a la miel con boniatos sorpresa y de postre, isla flotante. Además he comprado queso que va acompañado por un pan especial que también hay que hacer.

Ana observaba fascinada como, mientras Pablo hablaba, iba sacando de unas bolsas las compras que él mismo había hecho. Él, a diferencia de su hermano y de la niña, sí tenía un verdadero gorro de cocinero y además un delantal que decía “oui chef”. Al terminar de poner todos los ingredientes sobre la mesa preguntó a sus ayudantes:

- ¿Estáis de acuerdo con el menú?

Ana y Esteban contestaron al unísono:

- ¡Sí!

Pablo se quedó con una expresión muy seria y mostrando con su índice las letras de su

delantal dijo:

- ¿Qué dice aquí?

Ana y Esteban se miraron sorprendidos. Luego de ese breve intercambio la niña leyó con cuidado y contestó:

- Dice o-u-i chef.

- Así es - respondió Pablo con una sonrisa enorme - y no se dice o-u-i sino uí, que quiere decir sí en francés. De ahora en adelante cuando os pregunte algo quiero que me contestéis uí Chef. ¿De acuerdo?

- Uí chef - contestaron ambos soltando una carcajada.

- Muy bien - continuó Pablo - ahora las responsabilidades. Esteban, hermano mío, tú harás la ensalada.

- Uí chef - contestó Esteban.



Pablo entonces se volvió hacia Ana y le explicó:

- Le tuve que dar la ensalada a Esteban porque ya he intentado enseñarle a cocinar y el tío ¡es un desastre! Así que, pequeña, entre tú y yo tendremos que hacer todo el trabajo pesado.

- Uí chef - respondió Ana muy emocionada y, para su deleite, Pablo le encargó hacer el postre a ella sola y ser su ayudante para preparar el pan.

La niña nunca había hecho, y ni siquiera comido, isla flotante y cuando Pablo se lo explicó descubrió que se trataba de merengue con caramelo líquido. Eso sí, cuando uno es chef dice las cosas de otra manera, por ejemplo las claras no se baten hasta que se hace el merengue, sino hasta llegar a “punto de nieve” y luego no se echan unas cucharadas de azúcar así como así, sino que se vuelca sobre las claras “en forma de lluvia”.

Mientras Ana batía y batía las claras, observó atentamente cómo los hermanos realizaban cada uno su trabajo disfrutando de las bromas que se hacían entre ellos. Esteban fue lavando y cortando tomates, palmitos, aguacates y mangos y colocándolos en cinco platos diferentes. Pero a cada rato decía:

- Mmmm... me parece que esto está un poquito estropeado... lo voy a probar para asegurarme.

¡Pero no era verdad!, lo hacía para ir comiendo y Pablo lo miraba con severidad y le decía:

- Esteban compórtate o te suspendo como mi ayudante de cocina. Esto es algo muy serio.

A lo que, cada vez, su hermano contestaba:

- Uí chef, - con expresión contrita, lo que causaba una nueva ola de hilaridad en la niña.

Pasaron una tarde fenomenal en la que, con un montón de trabajo y de risas, terminaron preparando un verdadero banquete. Luego, los dos hermanos pusieron la mesa mientras encargaban a Ana conseguir algún detalle para decorarla.

La niña se puso el abrigo, el gorro y los guantes y salió al jardín del chalet. Fuera ya estaba oscuro y el frío le quitó, en un segundo, todo el calor que había acumulado en la cocina. Se detuvo un momento para disfrutar la sensación del aire fresco en su cara y cerrando los ojos permaneció un instante escuchando el silencio de la noche. Se sentía feliz.



Un rato después entró llevando en sus manos el montón de piedras que había recogido y se dirigió a la cocina para lavarlas. Una vez limpias, las llevó a la mesa y las distribuyó entre los platos y los vasos y también puso una en cada servilleta. Al terminar se quedó mirando orgullosa su obra.

- Ana - la llamó Pablo desde la cocina - ¡ven a ver qué bonito!

La niña fue corriendo y encontró a Pablo abriendo el horno para sacar un pan dorado y crujiente. Esteban y ella estaban admirando la obra del chef cuando Alicia y Raúl entraron.

- ¡Qué tarde tan fabulosa para esquiar, por qué no vinisteis con nosotros...! - venía diciendo Alicia cuando se interrumpió porque se vio envuelta por el delicioso aroma que flotaba por todo el salón.
- ¡Mamá! - salió Ana de la cocina a recibirla - ¡cocinamos una cantidad de comida, y yo hice el

postre y ayudé con el pan también!, ¡ven a ver los platos deliciosos que hemos preparado!

Alicia y Raúl fueron arrastrados hasta la cocina donde se encontraron con Esteban que estaba agregando unas aceitunas negras a la ensalada, y Pablo que estaba cortando el pan. Una vez que terminó de arreglarlo en la cesta miró a su padre y a Alicia y dijo:

- ¿La señora y el señor están listos para comer?

- ¡Sí! - contestaron ambos riéndose.

- Bueno, disponeos a disfrutar de un banquete que he preparado con la colaboración de mis ayudantes

- ¿no es así? - agregó mirando a Esteban y Ana.

- Uí chef - contestaron ambos muy solemnes.

La comida fue excelente y muy celebrada por Alicia y Raúl que se mostraron particularmente admirados por el postre y el pan y así, con esa cena, terminaron su semana en Sierra Nevada.

Antes de acostarse, Ana recorrió la casa por última vez, en la cocina eligió las piedras más bonitas entre las que había encontrado esa noche y las guardó en su bolso. Se durmió pensando en que, tal como habían dicho los mayores, volverían dentro de un año.

Habían pasado cuatro meses desde que su madre le dijera que tenía novio. ¡Cuatro meses! Ana venía pensando en esto cuando volvían rumbo a Madrid en el coche. Estaba sentada entre Esteban y Pablo y cada tanto, se quedaba dormida sobre el hombro de alguno de los dos. Entre sueños los oía hablar y le parecía increíble el hecho de que hacía muy poco ni siquiera los conocía.

En esos días también había podido ver qué enamorados estaban Alicia y Raúl. Cómo se hablaban y cuánto se reían juntos. Le hubiera gustado poder recordar como eran Juan y Alicia antes, cuando estaban enamorados y eran así.

Pero, aunque le daba pena no tener ese recuerdo, ver a Alicia tan feliz le gustaba y la ponía contenta.

Al llegar a Jaén se detuvieron a echar gasolina. Ana aprovechó para bajarse a comprar un chocolate. Mientras esperaba que la atendieran miró en dirección al coche. Pablo estaba poniendo gasolina mientras Alicia y Esteban conversaban animadamente. Buscó a Raúl con la mirada pero no lo encontró.

- ¿Qué quieres llevar? - la voz del dependiente la trajo de nuevo a la realidad.

- Un chocolate.

- ¿Cuál?

- Ese grande, con almendras...o mejor no - lo detuvo la niña - mejor llevo estos tres pequeños, ¿sabe?... así les doy a mis hermanos también.

Mientras esperaba la vuelta, Ana sostuvo los tres chocolates contra su pecho. El corazón le latía fuerte. Giró para mirar de nuevo el coche y al

hacerlo se encontró con Raúl que estaba muy cerca, en la cola para pagar. La estaba mirando y estaba sonriendo. Ana recibió el dinero y fue a su lado. Raúl no dijo nada, ella tampoco. Pero volvieron al coche cogidos de la mano.



Carmen Olaechea nació en Buenos Aires en 1958. Hizo estudios de literatura y se graduó como profesora de personas con discapacidad visual en 1982.

Desde pequeña, ha sido una lectora apasionada y, hasta el día de hoy, además de libros para adultos, sigue comprando y coleccionando libros para niños. Se convirtió en escritora casi sin pensarlo. Primero ilustrando unos sencillos textos para sus hijos Simón y Mateo, y luego escribiendo cuentos breves y novelas para sus sobrinos. Los lectores y lectoras de sus libros eran pocos pero ¡muy entusiastas! A partir del año 2004, decidió dedicar una parte importante de su tiempo a escribir y publicar sus historias.

La literatura no es su única pasión. También le interesan las personas y cómo se organizan para mejorar sus oportunidades y condiciones de vida. Es por ello que desde 1990, trabaja en diferentes funciones y como consultora en organizaciones no gubernamentales que desarrollan su actividad en el campo del medio ambiente, la democracia, la educación y el arte.

Georg Engeli nació en Basilea en 1958. Es abogado especializado en derecho constitucional y en el tema de la cohesión social en democracias modernas. Durante 20 años trabajó como alto ejecutivo en empresas multinacionales y como director de una fundación social en la península Ibérica y América Latina. En el 2002 decidió dedicarse a la integración de lo creativo y lo racional. Hoy trabaja como autor, dibujante, ilustrador y pintor, poniendo el arte al servicio de programas de educación, integración social y resolución de conflictos individuales y colectivos. Es el autor del Sr. Cincopelos, personaje inquieto, cuyos cuentos se publican en Suiza, Alemania, Austria y Argentina.

Con el relato “¿Por qué todo tiene que cambiar?” pretendemos ofrecer una narración amena y cercana, con un texto divertido acompañado de unas ricas ilustraciones, que sea adecuado para leer en familia. Queremos invitar a los lectores a analizar las situaciones y los conflictos que viven sus protagonistas y a relacionarlos con sus propias experiencias.

La autora, Carmen Olaechea nos cuenta a través de los ojos de una niña, los primeros pasos en la formación de una familia reconstituida. A lo largo de sus páginas nos muestra tanto la singularidad de estos grupos familiares como su dinamismo.

Ana, la protagonista, siente una mezcla de sentimientos que le confunden, y que le llevan a resistirse ante los cambios que se avecinan en su vida cuando sus padres forman una nueva pareja.


Ana experimenta una transformación interior con respecto a lo que representa la incorporación de nuevos miembros a su familia. El amor y el diálogo fluido constituirán la vía principal de esta transformación, y el tiempo, el respeto y la honestidad de todos los involucrados suavizarán los momentos más dolorosos que le ayudarán a superarlos

¿Necesita más información?



Dirección General de la Familia y el Menor
C/ Gran Vía, 14
28013 MADRID

www.madrid.org/familia

 91 580 34 64

 dgfamiliaymenor@madrid.org



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor